

Paz interior

En otro tiempo ustedes, por su actitud y sus malas acciones, estaban alejados de Dios y eran sus enemigos. Pero ahora Dios, a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte (Colosenses 1: 21, 22).

OTRA DE LAS IMPLICACIONES QUE LA JUSTIFICACIÓN tiene en la vida del creyente, es que este tiene conciencia íntima de estar reconciliado con Dios. Antes vivíamos una vida de enemistad con el Señor; era nuestro enemigo. Ahora estamos en paz con él. Dios es nuestro amigo; y más que eso, es nuestro Padre que nos ama y cuida. La paz con él es uno de los resultados de la justificación: «En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 5: 1). Esta paz significa reconciliación: «Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo» (2 Cor. 5: 18). «En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo» (vers. 19).

Como resultado de esta reconciliación con el Señor, no solo estamos en paz con él, sino que estamos en paz con nosotros mismos. Los sentimientos de culpabilidad ya no nos aquejan. Los complejos de diversa naturaleza quedan atrás. Ya no nos sentimos ni el centro del universo ni gusanos miserables. Sin embargo, sabemos que tenemos gran valor para Dios, porque dio a su Hijo para redimirnos. Somos hijos del Rey del universo, los hijos de los reyes de este mundo no nos inquietan ni son nuestro ejemplo. La Estrella de la mañana ha amanecido en nuestro corazón, las así llamadas estrellas de este mundo no nos deslumbran. No nos sentimos grandes delante de los pequeños, ni pequeños delante de los grandes. No envidiamos a los ricos, porque somos herederos y coherederos con Cristo. Tenemos paz interior.

Esto hace que la vida del cristiano sea una vida de contentamiento personal. El cristiano no envidia la suerte de otros, ni pretende tener lo que otros poseen. Conocer a Cristo es gran ganancia: «Es cierto que con la verdadera religión se obtienen grandes ganancias, pero solo si uno está satisfecho con lo que tiene» (1 Tim. 6: 6).

Paz con los demás

Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba (Efesios 2: 14).

ESTA RECONCILIACIÓN Y PAZ que gozamos con Dios, y que permea nuestra vida interna, debe también proyectarse en nuestras relaciones sociales. Porque el cristiano no solo está en paz con Dios y tiene paz interior, sino también debe estar en paz con sus semejantes.

Frecuentemente, esto es lo más difícil de lograr cuando se habla de la doctrina de la reconciliación. Pero si estamos reconciliados con Dios, no es posible que tengamos enemistad con nuestros semejantes. La paz del Señor que llena nuestra alma debe extenderse hacia los demás. Resulta incomprensible que alguien se reconcilie con Dios y no pueda perdonar a su hermano. No se puede entender cómo alguien pueda decir que está reconciliado con Dios, y sin embargo discuta con los demás.

Cuando creamos barreras, nuestros prejuicios nos separan de los demás, cuando sentimos menosprecio o desprecio hacia otros seres humanos, expresamos que no estamos reconciliados con Dios. Es una manera de decir que la paz con el Señor solo es una ficción en nuestra vida.

Por supuesto, estar en paz con los demás nunca depende de una sola persona. Las relaciones sociales son de doble vía. Podemos reconciliarnos con otros solo en la medida que ellos se quieran reconciliar con nosotros. Es como la reconciliación divina con el ser humano. Dios se acercó al hombre. Ya el Señor no es nuestro enemigo. Pero si nosotros no nos reconciliamos con él, de nada sirve. Es importante que se busque la reconciliación, porque Dios la buscó primero. Así debemos hacerlo nosotros. Cuando alguien busca la paz, es probable que la encuentre primero que aquel que no la busca. Por eso dice la Biblia que Dios nos reconcilió consigo, más allá de si lo aceptamos o no. Esta es la razón por la que el apóstol dice: «Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos» (Rom. 12: 18).

Embajador de la reconciliación

Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas (Efesios 6: 19, 20).

UNO DE LOS RESULTADOS DE ESTAR en paz con Dios, de sentirnos reconciliados con Dios, es tener la necesidad de compartir con otros la alegría de esa paz que gozamos. A causa de que esta reconciliación divina no se hizo con nosotros nada más, sino que es una reconciliación universal (2 Cor. 5: 19), quienes conozcan ese hecho deben compartirlo con los demás.

De ahí surge el imperativo divino de ir y proclamar las buenas nuevas de salvación a los que no las conocen. Por eso dice Pablo que Dios «nos dio el ministerio de la reconciliación» (2 Cor. 5: 18). Hay millones de personas que no saben que el Creador se ha reconciliado con ellas. Viven, como dice Pablo, «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Efe. 2: 12). Él quiere que ellas sepan, y por eso nos ha dado la encomienda de ir a comunicarlo. Así que debemos ser «embajadores de Cristo» que lleven el mensaje de la paz con Dios (2 Cor. 5: 20). De hecho, el Señor nos encargó «el mensaje de la reconciliación» (vers. 19).

Pero dar el mensaje de la reconciliación no es solo ir a decirle a la gente que Dios ya no es su enemigo, que se ha reconciliado con la humanidad y que nos mira con buenos ojos. Implica decirles también que para que esa reconciliación sea efectiva y valga la pena, pues fue conseguida con un sacrificio muy grande, necesitan reconciliarse a su vez con Dios. Añade el apóstol: «En nombre de Cristo les rogamos que se reconcilien con Dios» (vers. 20).

Debe ser un gran honor para el cristiano sentirse un embajador de Cristo que lleva las buenas nuevas de la reconciliación. Meditemos en estas palabras: «A los siervos del Omnipotente se les ha concedido el exaltado privilegio de manifestar el carácter divino mediante el compromiso desinteresado en el esfuerzo por rescatar a los pecadores del abismo de la ruina a la cual han sido arrastrados» (*Recibiréis poder*, p. 168).

Seguridad y confianza

Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios (Efesios 2: 8).

OTRA DE LAS IMPLICACIONES que tiene la justificación por la fe en la vida del creyente, es que le imparte confianza y seguridad en su experiencia cristiana. Hay muchos cristianos que se debaten en la inseguridad cuando se trata de la salvación personal. Cuando preguntamos a algunos de ellos si creen que van a ser salvos, sus respuestas reflejan inseguridad e incertidumbre. Unos dicen que no saben si lo serán, porque no quieren aparecer presuntuosos. Otros responden con vacilaciones, porque quieren mostrar humildad. Y hay otros que de plano no están seguros.

Como la salvación se considera normalmente un asunto del futuro, es obvio que algunos no quieran anticipar nada. Lo que se nos olvida es que la salvación se puede expresar en tres tiempos: Fuimos salvados, somos salvos y seremos salvos. Para cada uno de ellos tenemos declaraciones bíblicas contundentes. Pablo dice: «Porque en esa esperanza fuimos salvados» (Rom. 8: 24). «Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia» (2 Tim. 1: 9). Es evidente que para el apóstol Pablo la salvación era un asunto del pasado. Cuando Cristo murió en la cruz nos redimió del mal y del pecado. Él pagó nuestra deuda. Dio el rescate de nuestra salvación. Fuimos salvados por la gracia de Dios. Estaba plenamente convencido de ese acto salvador que se vinculaba con la muerte de Cristo.

Es muy importante que nosotros estemos convencidos también de ese hecho. El apóstol Pedro lo estaba: «Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas percederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto» (1 Ped. 1: 18, 19). Ese hecho del pasado es extremadamente importante para darnos la seguridad que debemos tener en el presente.

Salvación presente

Más bien, mientras dure ese «hoy», anímense unos a otros cada día, para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado (Hebreos 3: 13).

EL RECONOCIMIENTO de que fuimos salvos en el pasado es muy importante para darnos seguridad y confianza en el presente. La redención cristiana del presente se finca en el pasado. Mientras más firme sea ese pasado, más seguro será el presente.

Pero, si fuimos salvos en el pasado, ¿lo somos hoy? Muchos hacen una distinción entre el pasado y el presente cuando se refieren a la salvación. Sí, Cristo vino y me salvó, dicen, pero no estoy seguro de si hoy soy salvo. Muchos creen firmemente en una salvación pasada, pero no tanto en una salvación presente. Su experiencia cristiana actual está llena de inseguridad, por la razón que sea. No ven la relación entre una salvación pasada y una presente. Es muy importante tener seguridad en el presente, porque esta es la base de nuestra seguridad en el futuro. El cristiano debe estar seguro de que hoy es salvo.

Notemos estas declaraciones bíblicas: «Me explico: El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios» (1 Cor. 1: 18). «Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos» (Hech. 2: 47). La salvación también es un asunto del presente. Cuando aceptamos a Cristo somos salvados. Cristo nos salva hoy. Su muerte en el pasado le dio la garantía para salvar a todos los que crean en él. Eso ha sido siempre, hasta el día de hoy. Nosotros “somos” salvos tanto como “fuimos” salvos. El presente no se puede separar del pasado, ni el pasado del presente cuando hablamos de salvación. Somos salvos porque él nos salvó.

Pero lo más importante es que, cuando nos reconocemos como personas salvadas por la gracia de Dios, cuando no tenemos dudas al respecto, nuestra vida se llena de gozo y felicidad. Una vida alegre es una vida digna de ser vivida. Por eso, el cristiano debe ser una persona alegre y feliz: Porque es salvo en Cristo.

Salvación futura

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas? (Romanos 8: 32).

LA BIBLIA deja claro que la salvación debe ser vista como actual, no solo como algo del pasado. La vida cristiana debe ser una vida que rebose de gozo y alegría. Pero el gozo y la felicidad se evaporan ante la inseguridad presente con respecto a la salvación. Esta falta de seguridad trae como resultado inseguridad en el futuro. Muchos cristianos se sienten inseguros con respecto a su salvación futura. Esta inseguridad y falta de confianza hacen que vivan carentes del gozo y la alegría que deben caracterizar la fe. Pero no debiera ser así. Si fuimos salvados por Cristo, quien pagó el precio de nuestra redención, si hemos creído en él y hemos sido rescatados del mal, no debemos tener dudas con respecto al futuro. El porvenir debiera ser visto por el cristiano con certeza y confianza.

El aspecto futuro de la salvación es tan importante como lo son el presente y el pasado. Es el futuro el que concreta lo obtenido en el pasado y el presente. Por eso, el énfasis bíblico cae mayormente en este aspecto futuro de la salvación, y de la seguridad que debemos tener: «Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de él, seremos salvados del castigo de Dios!» (Rom. 5: 9). «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida!» (vers. 10).

La salvación futura se conecta con el pasado y el presente. Como Cristo nos reconcilió con su muerte, y somos justificados por tener fe en ese acto redentor, entonces no tenemos por qué tener desconfianza de nuestra salvación futura, ni navegar en la inseguridad respecto de ella. La expresión paulina «con cuánta más razón», es sencillamente extraordinaria. Refleja la seguridad que Pablo tenía y que deseaba que los cristianos tuvieran. No tenemos por qué estar inseguros de nuestra salvación presente y futura.

Confianza en Dios

Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la encuentran (Mateo 7: 14).

LA SEGURIDAD que tienen todos los cristianos de la salvación es fruto de la justificación. Se supone que el que ha sido justificado es una persona que tiene confianza en Dios, es decir, en lo que el Señor puede hacer por él. Sin embargo, a veces reina la inseguridad entre los hijos de Dios, especialmente en las filas adventistas. Eso puede ser el resultado de abandonar nuestra confianza en Dios y colocarla en nosotros mismos. Como no tenemos plena seguridad de que podamos salvarnos por nuestros esfuerzos personales, nos invade la inseguridad en cuanto a si seremos salvos o no al fin de cuentas. Esta puede ser una señal de que nos hemos apartado del camino correcto, nos hemos desviado a la senda de la justificación propia, lo cual encierra muchos peligros.

Pero la inseguridad de la salvación se puede producir por otras razones: una interpretación equivocada de las enseñanzas bíblicas y ciertas declaraciones de Elena G. de White. Por ejemplo, nuestro Señor dijo en conexión con la salvación: «Porque muchos son los invitados, pero pocos los escogidos» (Mat. 22: 14). Algunos razonan, si los que se van a salvar son pocos, tal vez ellos no tengan la oportunidad de salvarse. Pero el Señor hablaba del mundo en general, no de los que ya han sido escogidos. Se piensa que no son muchos los que se van a salvar, sino pocos. Algunos, al darse cuenta de sus imperfecciones y errores, concluyen que tienen pocas probabilidades de salvarse. De este modo, muchos viven una vida de inseguridad, siempre piensan en los márgenes escasos que hay para alcanzar la salvación.

Por supuesto, la salvación no es un asunto de poco valor. Ha requerido el sacrificio inmenso de Dios para lograrla. Los discípulos le preguntaron al Señor, cierta vez: «¿Quién podrá salvarse? Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible» (Mat. 19: 25, 26). Por eso debemos descansar en el poder de Dios, no en el esfuerzo humano.